

I nerse eventualmente de acuerdo con el hecho, y no negar el hecho por abstractas razones físicas...

Con esta última observación, yo por lo menos estoy plenamente de acuerdo; aunque, desde luego, si un hombre, con su teoría en juego, decide que no se le demuestre que están sucediendo cosas extrañas, poco puede hacerse, salvo obsequiarle con una mueca y un ruido descortés. Pese a que me siento tentado a ello, no haré esto con el siguiente profesor, parte de cuya carta a mi emisario reproduzco a continuación:

No creo que las teorías del Tiempo puedan representar en esto un papel útil. La Naturaleza es para nosotros un flujo, y este flujo lo atomizamos *nosotros* en acontecimientos aislados. Para compensar el aislamiento, *nosotros* introducimos la Causalidad y el Determinismo. Hasta qué punto exige esto mismo la Naturaleza como parte necesaria de nuestro pensamiento, es algo que no puedo precisar. La Casualidad y el Determinismo requieren que los acontecimientos aislados se dispongan u ordenen en un sistema racional, y nuestra corriente y mundana experiencia macroscópica nos permite hacer esta ordenación mediante dos abstracciones de los acontecimientos. Así, pues, procedemos a ordenar en el *espacio* y ordenamos en el *tiempo*. Tomar después al «Tiempo» como algo en sí mismo, como una entidad autosubsistente análoga a los acontecimientos Materia-Espacio-Tiempo de donde se ha abstraído al Tiempo, es un alarde de acrobacia mental. Si ahora se sugiere probablemente que este «Tiempo» posee propiedades especiales que posibilitan efectos parapsicológicos de tal naturaleza, que se pueden pronosticar acontecimientos todavía imposibles de nombrar y ni siquiera de pensar en ellos de manera «realista» (porque aun no forman parte del flujo)..., entonces todo lo que puedo decir es esto: «Que se me presente una muestra de Tiempo como un acontecimiento.»

Sí, mi querido profesor, pero debe usted tratar de tener un poco de paciencia con nosotros, es decir, con aquellos que creemos haber pasado por ciertas experiencias que no encajan en su sistema. Si consideramos al Tiempo como una de las condiciones de la experiencia humana, puede que aquellos a quienes no nos agrada ser tenidos por bobalicones, entes que se engañan a sí mismos y charlatanes, tengamos que adoptar un nuevo punto de vista con respecto a él, para explicar estas otras clases de experiencia. Desde luego, estoy de acuerdo con usted cuando en otra parte de su carta (parte que no he citado) dice que «no hay modo de estimar estadísticamente las probabilidades de que un sueño aparentemente precognoscitivo pueda no ser más que pura coincidencia». Pero vayamos aquí con pies de plomo y no nos emparedemos con el método estadístico.

«Me atrevo a sostener—ha declarado otro profesor—que el progreso científico no ha resultado nunca todavía de desechar simplemente fenómenos incongruos como ilusiones desdeñables, solo porque rehúsan conformarse.»

Finalmente—y es un placer darle la bienvenida—, la siguiente es una declaración de un distinguido astrónomo, muchas de cuyas oportunas y públicas protestas, en otras cuestiones, he aplaudido:

En primer lugar, creo que el problema del tiempo en la física y la astronomía modernas es una cuestión de suma importancia. Las cuestiones fundamentales que determinan la dirección de la flecha del tiempo no están claras, ni mucho menos, y empieza a haber mucha discusión en torno a este tema... En lo que concierne a mi posición personal, estoy profundamente interesado por ese problema, no solo por su importancia inherente para los problemas cotidianos de la astronomía, que son los que me ocupan, sino también porque, desde un punto de vista personal, he pasado durante mi vida por ciertas experiencias relacionadas con los sueños, que parecieron procurar información, no tanto respecto a futuros acontecimientos, como respecto a acontecimientos que se hallaban en proceso de tener lugar, y con los cuales trabé conocimiento poco tiempo después. En general, aunque el carácter de mi instrucción tienda a persuadirme de lo contrario, me veo obligado a sospechar que hay ciertos procesos operativos que no están incluidos en las leyes contemporáneas de la física...

Bien, eso es todo. He vaciado el saco. Y pienso que estaremos de acuerdo en que, a este nivel—que es un nivel máximo—, las actitudes mentales van desde las que expresan una extrema resistencia a cualquier posible recusación de la teoría convencional, hasta las que manifiestan su escepticismo respecto a «las leyes contemporáneas de la física» y una mente abierta a posibles progresos futuros. Y sospecho que, si esta encuesta se hubiera efectuado en un nivel más bajo, donde reina el dogmatismo, habría habido mucha más resistencia, y las respuestas habrían sido más breves, bruscas y necias.

5

Todo lo que deseo hacer en esta sección es ofrecer alguna prueba, mediante referencias y citas, de la observación que hacía en el último capítulo respecto a que la situación del Tiempo en el pensamiento científico y filosófico contemporáneo se ha suavizado un poco. Si se me acusa de no hacer sino picotear aquí y allí, tratando de capturar bocados relumbrantes, como un pájaro en un estanque, no alegraré total ino-

cia, aunque en realidad haya leído mucho más de lo que parezca y pueda alegar justificadamente que tengo el espacio limitado.

Hagamos, pues, una primera inmersión en la obra de K. Gödel titulada *Relationship Between Relativity Theory and Idealistic Philosophy* [La relación entre la teoría de la relatividad y la filosofía idealista]:

Uno de los aspectos más interesantes de la teoría de la relatividad para las personas de mentalidad filosófica, consiste en el hecho de que propició nuevas y sorprendentes penetraciones en la naturaleza del tiempo, de ese ser misterioso y autocontradictorio que, por otra parte, parece formar la base de la existencia del mundo y de la nuestra propia. El mismo punto de partida de la teoría especial de la relatividad consiste en el descubrimiento de una nueva y asombrosa propiedad del tiempo, a saber, la relatividad de la simultaneidad, que en gran medida implica la de sucesión. La aseveración según la cual los acontecimientos *A* y *B* son simultáneos (y para una amplia clase de pares de acontecimientos, también la aseveración de que *A* sucedió antes que *B*) pierde su significación objetiva, en tanto que otro observador, con el mismo derecho a pretender la corrección, pueda afirmar que *A* y *B* no son simultáneos (o que *B* acaeció antes que *A*).

Siguiendo las consecuencias de este extraño estado de cosas, se llega, respecto a la naturaleza del tiempo, a conclusiones de mucho alcance. En una palabra, parece que se consigue una prueba inequívoca en favor del criterio de esos filósofos que, como Parménides, Kant y los idealistas modernos, niegan la objetividad del cambio y consideran a este como una ilusión o una apariencia debidas a nuestro especial modo de percepción. La argumentación se desarrolla así: El cambio solo es posible a través del lapso del tiempo. Sin embargo, la existencia de un espacio de tiempo objetivo significa (o, al menos, es equivalente al hecho de) que la realidad consiste en una infinidad de capas de «ahoras» que cobran existencia sucesivamente. Pero, si la simultaneidad es algo relativo en el sentido que se acaba de explicar, la realidad no puede cortarse en tales capas de una manera objetivamente determinada. Cada observador tiene su propia serie de «ahoras», y ninguno de estos diversos sistemas de capas puede reclamar para sí la prerrogativa de representar al lapso de tiempo objetivo.

Es de justicia para el autor añadir que luego presenta argumentos que recusan esta inferencia.

Una de las obras más completas y compensadoras en este campo es *Time, Knowledge and the Nebulae* [El tiempo, el conocimiento y las nebulas], de M. Johnson. Después de señalar numerosos pasajes para posibles citas, me encuentro ahora con que solo tengo espacio para una, y la elección es difícil. No obstante, he aquí al menos, una muestra:

Todos reconocemos que uno de los fundamentos del carácter humano consiste en aprender a construir en el interior de nuestra personalidad una sagaz selección de las glorias y agonías de los acontecimientos que pasan, de modo que la experiencia de los más fugaces pueda contribuir a algo de nosotros que no es tan fugaz, e incluso pueda reconstruir nuestra estructura mental mediante la memoria y la imaginación activas. Lo que «pasa» no es necesariamente lo que se «pierde». Quizá sea este un sentido en el que nos entrenamos para domar la vieja enemistad del tiempo. Pero no es un sentido susceptible de análisis científico, ni siquiera de análisis psicológico contemporáneo. Los conceptos envueltos implican juicios de Valor y no meramente de Hecho, y están ausentes por completo del diccionario del físico. Ni siquiera el psicólogo ha encontrado palabras adecuadas para abarcar más que su significación a los ojos del espectador externo. Quizá la última palabra haya de decir la metafísica, pero tal vez solo cuando comprenda al artista o al poeta tan bien como al lógico y al físico.

Y acaso haya elegido yo este particular pasaje con el solo propósito de intercambiar un guiño fugaz con el artista o el poeta.

Leyendo al difunto Hans Reichenbach, noté en él un rasgo agradable, no ausente de algunos de sus colegas y no carente de significación. Era un filósofo de la ciencia suficientemente riguroso («No hay otro camino—escribió—para resolver el problema del tiempo que el camino de la física»), pero no pudo resistir la tentación de describir lo que sucedería si, por ejemplo, ocupásemos un espacio tórico, o la línea de universo de un hombre formase un rizo, lo cual, si usted fuese ese hombre, le proporcionaría la siguiente experiencia:

Un día se encuentra usted con un hombre que afirma que es usted su yo anterior. Puede darle una información completa respecto a su actual situación e incluso podría decirle exactamente lo que está usted pensando. También le predice su lejano futuro, cuando un día se hallará usted en la situación que ahora ocupa él y se encontrará con su yo anterior. Naturalmente, usted pensará que el hombre está loco y seguirá adelante. Su compañero en la línea mundana 1 (línea mundana normal) se muestra de acuerdo con usted. El extraño prosigue su camino con una sonrisa de suficiencia; usted le pierde de vista, así como a su compañero de la línea mundana 1, y olvida a ambos.

Años después se encuentra usted con un hombre más joven, al cual reconoce de pronto como su yo anterior. Le dice usted literalmente lo que el hombre más viejo le dijo a usted; él no le cree y piensa que está usted loco. Esta vez es usted quien se aleja con una sonrisa de suficiencia en los labios. También vuelve usted a ver a su antiguo compañero, exactamente de la misma edad que tenía cuando le vio usted por última vez. Sin embargo, niega conocerle a usted y coincide con su yo más joven en que usted debe de estar loco. No obstante, tras este encuentro, se aleja usted en su com-